

HUERTA CALVO, Javier. *Manual de Literatura. (Lecturas y homenajes)*. Madrid, *Devenir poesía*, Número 275 (Colección dirigida por Juan Pastor) 2016, 70 pp.

Por *Julio Escribano Hernández*

El profesor Huerta Calvo vive la rosa, no la estrena ni la instala para abrir heridas. Afirma “para llegar a la rosa,/ despójate de equipaje,/ ponte en la mente de un niño/ y vive más en la calle”. Este primer poemario, que ha publicado tras haber ganado en 2015 el premio Joaquín Benito de Lucas con su primera creación *Razones coloradas* aún inédita, es un sentido homenaje a sus autores preferidos: amigos, alumnos, poetas, críticos literarios, novelistas, personajes del teatro... En él aparecen don Sem Tob de Carrión, Lope de Vega, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Adolfo Bioy Casares, Luis Rosales, Ricardo Gullón, Francisco López Estrada, los trovadores, Maese Pedro, Antonio Prieto, Dámaso Alonso, Ana Zamora, Ets Haïm, Juan Rana, Calderón de la Barca, Mahler, Azorín, Mijaíl M. Bajtín, García Lorca, Manuel García Morente, la familia Panero, Vicente Aleixandre, Antonio Buero Vallejo, Miguel Mihura, José María Rodríguez Méndez, el cine y la literatura, Ignacio Amestoy, Antonio Colinas, Mairena, Carlos Gorostiza, Álvaro Tato, Manuel Sito Alba, Antonio Ayora, Gerardo Diego y la Escuela de Astorga. Con todos ellos se define como lector de poesía, hallada en la letra y en la vida, siempre con la oferta de la verdad que emociona en la literatura por su permanente actualidad.

Con todos ellos quiere mantener el compromiso con la poesía donde el habla clara es palabra y lengua. Palabra intencionada que permanece en la herencia de las edades de Oro y de Plata. Palabra en la nostalgia, pero dibujando horizontes de esperanza. Este *Manual de Literatura*, dedicado en primer lugar a su esposa, la doctora Lourdes Bravo y a los hijos de ambos, lo hace extensivo a sus alumnos, compañeros y amigos. Consta de tres apartados -introducción, programa y addenda- en los que el poeta nos manifiesta su oculto sentir: “Mi pasión es la palabra,/ que me aleja de este tiempo/ de barbarie y me revela/ el más profundo secreto,/ la verdad imaginada/ entre los pliegues del texto./ No sé de mundos mejores,/ y me moriré escribiendo/ en la palabra fundido,/ fiado en su existir eterno.”

Cuando Javier Huerta visitó Seúl sintió la armonía poética de la vida sencilla leyendo a Antonio Colinas, poeta que valoró su buen hacer en la capital de Corea del Sur al recibir los versos agradecidos: “basta solo la sombra de un olmo solitario,/ basta solo, Colinas, el sonido del agua,/ para que tu palabra se convierta en concier-

to/ y en sueño se disuelva, y en desusada luz.” Si grande fue el aprecio del profesor Huerta Calvo por el poeta de La Bañeza, no lo fue menor por su maestro Francisco López Estrada de quien escuchó el mensaje preciso cuando la enfermedad lo acompañaba en el homenaje recibido. “Se levantó el maestro y escarbó en su memoria (...)/ Al cabo de los años, al cabo de los libros,/ las gracias han de dársele por su ejemplo de vida,/ por abrir el sendero que lleva a las palabras,/ la luz de las palabras que brillan en la página/ y abierta dejan siempre la puerta del misterio.”

Poetiza su amor por la docencia pidiendo sencillez a sus alumnos: “Llaneza, sí, muchacho, cultiva bien lo llano,/ frecuente la llanura, el frescor de la vega,/ antes de acometer el vuelo hacia la cumbre./ No olvides tus orígenes; allí está la verdad,/ el resto es la apariencia. Déjate aconsejar/ al castellano modo (...)/ Ten siempre en tu recuerdo a quien quiso ayudarte, / respeta a los maestros que te dieron amor.../” Aconseja el recuerdo y el diálogo con la historia de sus maestros en añoranza agradecida como la tenía él con su profesor de bachillerato Pedro García Ramos. Esta añoranza se remonta en el tiempo y encuentra en Ámsterdam, en cuya Universidad enseñó varios años, al viejo maestro bibliotecario ofreciendo lecturas en idioma ladino sin olvidar nunca a Sefarad.

Admira a Vicente Aleixandre y le duele el abandono de la casa de Velintonia, 3, en la que vivió el poeta hasta su muerte en 1984 y por la que han pasado tantos poetas sin poderla nominar “casa de la poesía”: “Una vez más abrimos las puertas de la casa / vacía. Recorremos sus estancias antaño/ colmadas de palabras. A ellas redujo el mundo/ su dueño...” Y recuerda la vieja Facultad de Filosofía y Letras de la calle de san Bernardo en la que el poeta se licenció en Derecho y el profesor García Morente observaba enigmático el porvenir de España.

También el humor se desliza en algunos poemas de este Manual de Literatura: “Con Franco era muy franquista,/ y sin Franco comunista,/ quién entiende al gran artista?” • “Sin corbata, en camiseta,/ al doctorando animal,/ harto rollo, mucha jeta,/ le molesta lo formal./ Y el profesor enrollado/ llega al acto doctoral/ con pinta de desastrado,/ y ya todos son igual.” Pero la aportación más estimada es la relacionada con el teatro, donde alude al género chico (“Castiza corrala,/ patio jaranero,/ lugar del sainete/ con aire chispero”) sin olvidar a Cosme Pérez (“Años llevo, señor, en este oficio de farsante”) y poniendo su acento en el gran Calderón (¡Este mundo es un teatro!... suban todos al tablado). El profesor Huerta Calvo en su época de estudiante pisó los escenarios que Antonio Ayora creó en el Instituto de San Isidro de Madrid y lo recuerda en su poema Sueño de una noche de verano, con el que cierra el libro. Antonio Ayora quiso ser ingeniero de caminos, tuvo que abandonar la carrera por adversidades familiares, tocó muchos palos para defenderse en la vida y por fin terminó en el teatro; trabajó en el TEA con Cipriano Rivas Cherif, el cuñado

de Manuel Azaña. Tras sus trabajos en el Valle de los Caídos, con los que conmutó su condena a muerte, mantuvo una gran amistad con Juan de Ávalos y, terminada la condena, obtuvo un puesto en el Instituto de San Isidro donde, con “aquel olor a cortinas ajadas” del teatro juvenil, lo conoció Javier Huerta representando a Shakespeare. Merece la pena meditar el libro.